

# literatura y libros

La Epoca *supl. 2to.*

6323

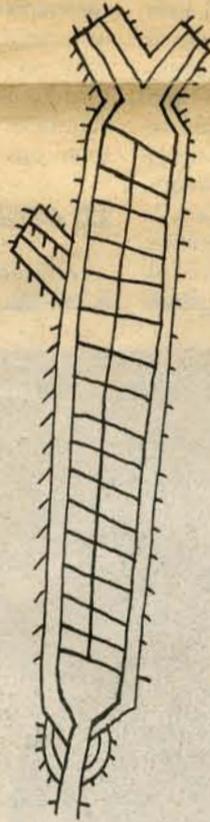
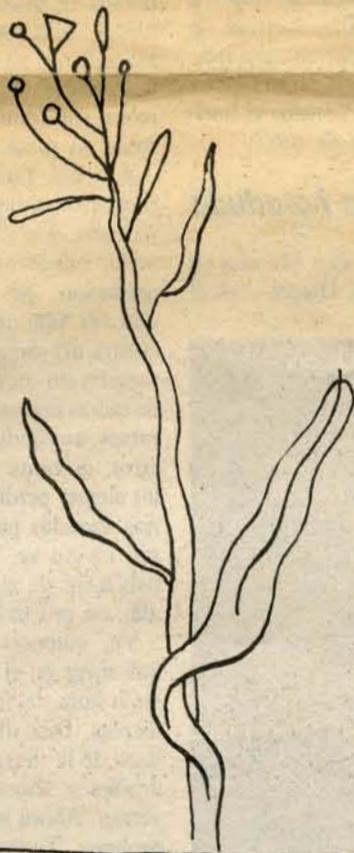
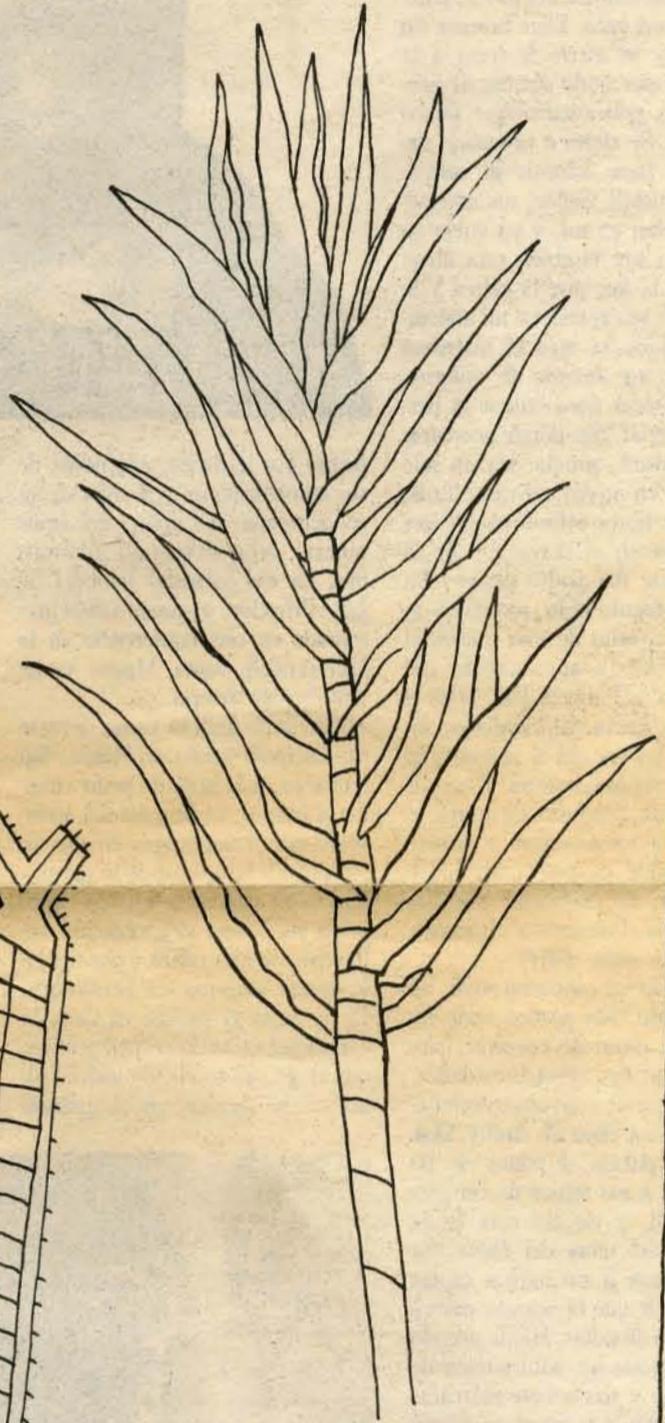
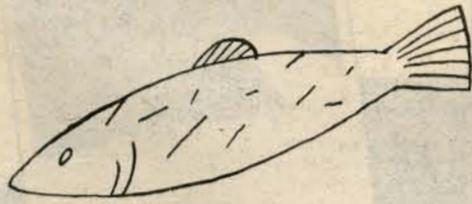
Alfonso Calderón

Le oí a Jorge Millas relatar el fin de Luis Oyarzún. Lo llevaban casi en volandas al Hospital de Valdivia, entonces miró a Jorge, le sonrió y dijo en *slang* algo así como "el paseo de la muerte". Se venía preparando para ese camino. En su notable **Diario**, el 14 de noviembre de 1971, a las 1.30 de la mañana y en Valdivia, escribe: "Desvelado, a pesar de la Clorpromazina, celebros la entrada a mis 51 años. Sin brindis, sin vino, rebanado de mi Jerusalén, más solo que al nacer, en la Clínica Alemana de Valdivia. Pero no se piensa en los cumpleaños hasta que rompe el día".

Se sabe que algunos cuadernos que componían el **Diario** se extraviaron y Leonidas Morales, en el buen prólogo del libro así lo dice. Oí a Luis lamentar la pérdida de uno en donde había recogido sus imágenes de Inglaterra y de otro que contenía cincuenta o sesenta páginas relativas a los Estados Unidos. El "máximo desorden", al que alude Morales, le quitó fuerzas. Me mostró más de una vez los manuscritos, escritos con su letra menuda, ordenada, a punto. Era una escritura que revelaba maestría, rigor y esa especie de aleteo embriagador sobre los temas, como si tratase de poner en línea sus sueños instalándolos en un techo japonés.

Su drama personal fue acentuándose con los años. Sentía, una a una, las heridas; perdía fe en la Universidad, observaba la crueldad del hombre que ponía en peligro la existencia del hombre mismo, sin olvidar que veía decaer el juego libre de las ideas, el amor por el arte, la admiración debida a los espacios naturales. Le fastidiaban la pobreza de las reflexiones, la inexactitud del pensar, los alardes de las dominaciones, sufriendo al notar cómo el mundo pertenecía a los audaces.

Me conmueve una página en la cual no lisonjea a la desesperanza: "He llegado a los límites del abismo. Ángel mío de salvación, pérdida absoluta, háblame hoy. La belleza del mundo no es una belleza. ¿Qué hacer? Un hacer a la medida del espíritu humano. Todo sucumbe, todo se agrieta. Quisiera reconocer un astro nuevo". (1° de abril, 1965).



Guillermo Tejeda

## "... Y entonces abrió sus tesoros"

Por fin aparece el mítico **Diario** de Luis Oyarzún. Aunque hay centenares de páginas perdidas, lo que se recoge en este libro basta para admitir en él a un escritor que tal vez no supimos merecer. Leerlo nos permite recoger su herencia yacente y verla revivir.

Año III / N° 112 / Domingo 3 de junio de 1990/

## En busca de la perfecta alegría

Ha venido notando cómo "la madeja laberíntica del yo" se enreda cada vez más. Elige bracear sin fuerzas y se aferra a veces a la oración, ese modo directo de proceder un peticionario que puede ser oído. Se aferra a la amada naturaleza para admitir el orden: "Aquí vuelan, Señor, tus mariposas. Vuelan en mí, y yo vuelo en ellas. Yo soy también esta abeja que liba la flor que la colma y la rama que se expresa en mi alabanza". Sabido es que la mariposa suele ser un símbolo de muerte.

¿Qué hacer para buscar la perfecta alegría? ¿En dónde acercarse a la plenitud, aunque sea un solo instante, en medio del caos? Luis, lector de libros infinito, sabe leer muy bien en el mayor, el de la naturaleza. Así podrá decir: "En este crepúsculo tibio, escuché y vi después el salto de una lisa en el agua como la encarnación del Todo, en la Perfecta Paz. Casi el *satori*, sin juicio, sin conflicto, sin tiempo. Yo era ahí el tiempo y lo que a la vez lo consume. El río, la lisa, el cielo, tan fuera de mí que al fin podría reconocerse y poseerme. Estaba entrando sin movimiento en mí, saliendo. Mas no era todavía el momento" (*Constitución, 14 de enero, 1964*).

Recuerdo un cuaderno suyo, tal vez perdido. Me parece verlo forrado con papel de envolver, plomo, lleno de anfractuosidades. Allí, a partir de unas observaciones acerca de un libro de André Malraux, se refería al poder de las máscaras, a sus signos de carácter ceremonial, y de ahí caía en la vorágine del tema del *Doble*, ése que se siente a sus anchas en los períodos en que el mundo parece ya a punto de saltar. Había pegado en las páginas un autorretrato de Kokoschka y seis o siete máscaras africanas. En la escritura se refería a los pasillos de los libros de Kafka, a las escaleras de Praga, activando las "correspondencias proustianas".

Dicen que solía, en duermevela, sentir que ya saltaría el párrafo perfecto y se arrojaba como un trampero de los libros de James Fenimore Cooper, sin dilación, para no perder el tema, el ritmo, el placer. A veces no tenía nada a mano y era la lucha velocísima. Anotaba, a veces, en la página final de un libro, en un sobre viejo, en un envase de remedios, en la curva de una hoja de diario. En una ocasión anota, tras hacer vanamente de perdiguero en procura de papel: "Sólo encuentro cerca una postal del Templo del Buda de Esmeralda de Bangkok que sale de un volumen de Ezra Pound".

¡Ayúdame, memoria! Me leyó, tal vez en 1958, unos párrafos muy bellos y dolorosos acerca de un personaje a quien llamó *Peregrino*. Lo relacionaba con las *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, a quien alababa constante-



mente por la finura espléndida de sus construcciones y el rigor de su conocimiento del dolor, del amor muerto, del acabamiento. Ahí mismo, en esa jornada, hablaba de J.B. Priestley, a quien había presentado en una conferencia en la Universidad Santa María, y del sentido del tiempo.

Amaba la belleza como si fuese un discípulo tardío de Platón. Sin embargo, a la hora de pedir cuentas al feísmo, no se quedaba atrás, sobre todo cuando veía en ello un atropello a la verdad de la naturaleza. "El chileno —anota— proyecta su feísmo de población callampa a la naturaleza y por eso no le cuesta arruinar su hermosura. El no mira el paisaje ni tiene la capacidad de verlo en perspectiva, que exige una condición mental superior, la facultad de desprendi-

miento estético y moral. Los montes, las selvas, las cascadas impresionan y no por su belleza, tal como podrían deslumbrarlo un portaviones o un terremoto..." (*Lago Panguipulli, 24 de enero, 1961*).

Una red de pescador, un anzuelo, una escopeta, un cuchillo de monte bastaban para quitarle la paz, en medio del lugar más apacible. ¡Qué modo de tomar imágenes al vuelo! En el lago Calafquén, contempla en lo alto de un tronco a un martín pescador, "vestido de almirante con sombrero apuntado y ceremoniosa banda carmesí", en el instante en que "oteaba el horizonte con catalejo de oro".

### La naturaleza horadada

La naturaleza —dice Morales en la introducción del *Diario*— es el

gran protagonista de esta obra. Ordena a cada instante las mónadas. "Para poseerse hay que poseerla", continúa observando sagazmente, y dice que "se es en ella, o no se es, pero no fuera de ella", viendo en todo esto "un eco-del amor cortés de los trovadores provenzales". A veces puede tratarse de un espacio social en donde cabe lo absurdo, en el zigzagueo del sin-sentido, o de un tópico lírico en el que se ha puesto un trozo del propio ser. El ultraje o la perversidad pueden mancillar el sitio en donde no había oscuridad y ésta, desde lo remoto, cae como un ave de rapiña sobre su presa.

A veces Luis Oyarzún se da cuenta cabalmente de que no merecemos esta tierra, pues solícitamente nos atenemos al afán de depredación. Se pregunta más de una vez ante quién habrá que dar cuenta del daño, de los cerros horadados sin compasión, de los *roces*, de tantas tierras convertidas en páramos, rojeando sin árboles ni pájaros, de tanta quebrada seca, de los alerces perdidos, de las araucarias abatidas para siempre. Cayeron sin un ay, batiendo el aire la población de alas que brotaba de allí, en procura de la salvación.

Ve, entonces, la reconvencción que surge en el Tribunal de Dios, en la hora del lloro y del crujir de dientes. Dios dirá: "Te di un pedazo de la tierra bien plantado de árboles y ahora me lo devuelves yermo. Ahora sabes, te lo di para probarte. Te lo di lleno de flores y de cantos. Mira lo que me entregas. No me importa tanto la tierra como lo que hiciste con ella. Yo puedo crear donde quiera otra tierra, otras tierras. No me cuesta reparar lo que destruyes. Pero tu propia destrucción me importa y me cuesta. Cada tierra que te dé, aquí o en los confines del Cosmos, será tu retrato. Mírate, en estos cerros secos, agrietados, satánicos. Aquí no brotan semillas. Ni siquiera malezas. ¿No es éste, hijo mío, tu rostro?" (*21 de noviembre, 1961*).

El minúsculo grano, la hoja consus nervaduras, la selva que cantaba son arruinados por el furor del hombre práctico. En estado de disponibilidad, casi como si se tratara de uno de los pretextos gideanos que atraían a Luis Oyarzún, exclama:

ma: "Somos, cada uno, como una minúscula flauta del llareta que da luz y calor, sin perderse, una llareta inextinguible, en el diamante de caras infinitas. El pensamiento humano ha vivido tan encandado a su función práctica, que no sabe todavía penetrar en su propia mansión. Vivimos y morimos con nuestros tesoros sellados y nunca los abrimos".

### El arte, una constante

Una de sus constantes, la meditación sobre el arte, visible en su ensayo sobre Leonardo, en páginas espléndidas de *Temas de la cultura chilena*, en miradas comparativas que deja caer sobre las cosas en *Diario de Oriente*, toma un rumbo específico al preguntarse si acaso el arte no va convirtiéndose en una imitación de la técnica.

Observa: "Después de milenios de imitación de la naturaleza, con cielos, árboles, pájaros, flores, figuras humanas, la nueva imitación de los avisos luminosos, de las máquinas, de las anticipaciones tecnológicas. El hombre danzando al revés, en una sátira sin magia. En lugar del modelo vivo, los maniqués, los robots. O simplemente el tartamudeo de lo cotidiano. A quien ha perdido el apetito, una píldora le viene mejor que un caldillo de congrio. Hay que pensar en todas las cosas buenas que todavía nos presta la pobreza". La conclusión, a modo de coda, apela al testimonio: "este es el peor de los mundos posibles, y es el único", me dijo con severidad ese Anti-Leibnitz que encontré en un bar alemán del Bowery".

Las pinceladas tienen algo de los apuntes callejeros de algunos pintores expresionistas. Así, por ejemplo: "un cura viejo de abrigo azulmarino apollillado oliendo con fruición un puñado de langostinos en el Mercado Central" (1959), u otra en la que estima a los diarios como "boletines de la jungla", en tanto mira con desprecio los filisteísmos críticos. "Nada más seco —apunta— que la erudición sobre el arte. Un poeta maldito se transforma rápidamente en tesis doctoral, como los cerdos en embutidos en los mataderos de Chicago".

Todos nosotros, los "hijos de la ceniza de los titanes", necesitamos sentir la alegría de participar "en una eterna tarea", en medio de la "conciencia quieta que las cosas tienen de las cosas" o a la "conciencia pura". No escatimarnos en busca de las formas de la belleza.

Hasta el final, Luis Oyarzún quiso, como devoto rilkeano, amar, es decir, "irradiar una luz inextinguible". El se consumió en la llama. Poco tiempo antes de morir, dejó algo que parece un epitafio, fechado en Valdivia, 1 de enero, de 1972: "Oculta está la muerte. No se deja querer. No necesita sino paciencia, dura vida, para apagar al fin todas las lámparas". Budha enseñó que era preciso tener al *yo* por lámpara. Agradecemos la iluminación que este *Diario* nos concede.

